

**LA
OFFERTA
HUTFORD.**

MIKEL MIKEO 2013.

(Una oficina bastante austera y con poco mobiliario. Allí se encuentra un personaje bien trajeado pensativo. Lee el "Wall Street Journal". Murmura algo ininteligible. Lllaman al timbre).

HUTFORD.

¡Ya está aquí! ¡Bien! Todo va bien. *(Espera sin inmutarse. Sigue leyendo. Vuelven a llamar al timbre).* ¡Bien! Está impaciente. Eso está bien. *(Sigue leyendo. A los pocos segundos, suena de nuevo el timbre).* Esto ya es ansiedad. ¡Está muy bien! *(Sigue leyendo. Por fin alguien se asoma por la puerta).*

BALDOMERO.

Buenos días. Esto... ¿Se puede pasar?

HUTFORD.

(Sin dejar de leer el periódico). ¿No ha leído el cartel de la entrada?

BALDOMERO.

¿El cartel? Sí, sí. Lo he leído.

HUTFORD.

¿Entonces?

BALDOMERO.

Bien, claro. Pero como no contestaba nadie... Bien. Bien. *(Sale. Suena el timbre de nuevo).*

HUTFORD.

Es mejor de lo que esperaba. *(Sigue leyendo. Al poco tiempo vuelve a entrar).*

BALDOMERO.

Esto... Buenos días. No es que tenga prisa, no tengo otra cosa que hacer en todo el día. Pero... Quiero decir, no hay nadie más esperando y... No está reunido con nadie y...

HUTFORD.

¿Y...?

BALDOMERO.

No sé, había pensado...

HUTFORD.

¿Qué había pensado?

BALDOMERO.

Había pensado que igual podía pasar.

HUTFORD.

(Pausa). Siéntese. *(Hay dos sillas y Baldomero se sienta en una).* ¿Por qué ha elegido esa silla?

BALDOMERO.

¿Por qué? No sé. No sabía en cual me debía sentar. No sé. Puedo sentarme en la otra. No tengo ningún problema en hacerlo. ¿Quiere que me sienta en la otra silla? O me puedo quedar de pie. Pero no, usted me dijo que me sentara, así que creo que mejor me siento. Aunque ya no sé en qué silla hacerlo.

HUTFORD.

Siéntese. (Baldomero se sienta de nuevo. El hombre tras la mesa no dice nada. Hay una pausa. Baldomero cambia de silla. Un par de veces). Bien, está bien. *(Nueva pausa).*

BALDOMERO.

Me llamo Baldomero Soto Blasco. Aquí tengo el curriculum...

HUTFORD.

Sé perfectamente quien es usted. No hace falta que se presente y mucho menos que saque ningún curriculum. Me alegro de que esté usted aquí Baldomero.

BALDOMERO.

¿Se alegra? ¡Qué bien! Me tranquiliza que se alegre. *(Pausa).*

HUTFORD.

¿Por qué entró a pesar del cartel?

BALDOMERO.

Sí, es cierto. El cartel. Bueno, creo que... Llamé. Y como no había nadie más. Entré.

HUTFORD.

Pero el cartel especificaba claramente. "Llame y espere".

BALDOMERO.

Estuve un rato esperando.

HUTFORD.

El destino.

BALDOMERO.

¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué?

HUTFORD.

El destino. El destino ha hecho que a pesar de que el cartel especificara, “llame y espere”, usted se decidiera a entrar.

BALDOMERO.

El destino. Bueno, yo era más bien que me aburría.

HUTFORD.

El destino. ¿Y por qué se sentó precisamente en esta silla?

BALDOMERO.

Usted me dijo que me sentara.

HUTFORD.

¿Pero por qué en esta silla precisamente?

BALDOMERO.

No sé. En realidad me he sentado en las dos. Primero en una, no recuerdo cual. Luego en la otra, y en definitiva me he sentado en las dos. No sé.

HUTFORD.

El destino. *(Se acerca a la cafetera. Llena dos tazas).* Café solo sin azúcar. ¿He acertado?

BALDOMERO.

Sí, así es.

HUTFORD.

El destino. Siempre es el destino. Yo no tenía ni idea de qué tipo de café le gusta a usted. Pero el destino. *(Se sienta y toma la taza de café. Baldomero alucinado también bebe).* ¿Está nervioso?

BALDOMERO.

No, no. Bueno, sí. La verdad es que sí. Si he de ser sincero si no me cago encima es porque soy de natural estreñido.

HUTFORD.

No pasa nada. Es normal que esté nervioso. Para lo otro... Fibra. El café también ayuda. Beba, beba.

BALDOMERO.

Muy agradecido por el consejo. *(Bebe).*

HUTFORD.

Pero en fin. Querrá saber porqué se encuentra aquí.

BALDOMERO.

Sí, la verdad es que estoy algo intrigado.

HUTFORD.

¿No se lo imagina?

BALDOMERO.

(Pausa). ¿El destino?

HUTFORD.

¿Lo pregunta o lo afirma?

BALDOMERO.

Lo afirmo. Estoy aquí por el destino.

HUTFORD.

¡Una mierda! Está aquí porque nosotros queremos que esté aquí.

BALDOMERO.

¿Nosotros? *(Mira a todos lados).* ¿Nosotros quienes?

HUTFORD.

Nosotros somos su destino.

BALDOMERO.

¿Ve? Ya sabía yo que el destino por ahí andaría.

HUTFORD.

El destino no. Su destino. Es usted un desgraciado.

BALDOMERO.

¿Cómo?

HUTFORD.

Reconózcalo, Baldomero. Es usted un jodido desgraciado.

BALDOMERO.

¿Yo? Pero... No he venido a que se me insulte.

HUTFORD.

Sabe que no es un insulto. Sabe que es su triste realidad.

BALDOMERO.

No soy un desgraciado.

HUTFORD.

No me decepcione, Baldomero. No me decepcione. Usted es un desgraciado, es así. No pasa nada. Lo importante es asumirlo y mirar hacia adelante.

BALDOMERO.

(Pausa). Soy un desgraciado. Soy una mierda. Soy una piltrafa asquerosa y babosa. No sirvo para nada. De hecho no sé porque me han llamado. Supongo que se habrán equivocado.

HUTFORD.

No nos hemos equivocado. Es usted justo lo que andamos buscando. Baldomero, le voy a dar una clase magistral sobre la vida. Totalmente gratuita. En esta vida las cosas no valen lo que cuestan, sino lo que alguien está dispuesto a pagar por ellas. ¿Ve esta figura? *(Indica una figura de la mesa)*. ¿Le gusta?

BALDOMERO.

Es bonita. No sé. Yo no entiendo de arte ni de esas cosas.

HUTFORD.

Es una mierda. ¿Sabe lo que vale?

BALDOMERO.

Pues valdrá poco. Si es una mierda.

HUTFORD.

Vale... Una puta mierda. ¿Sabe lo que costó?

BALDOMERO.

¿Una re putísima mierda?

HUTFORD.

Diez millones de euros. Un marchante de arte consiguió convencer al mundo que por esta puta mierda merecía la pena pagar diez millones de euros. Es una figura de Quentin Hutford, se supone que el último y más conceptual escultor del movimiento Philadelphia Retro Age. Está bastante viejo y bastante cascado. Dentro de unos años el autor fallecerá y se podrá vender por cinco veces su precio por lo menos a cualquier idiota.

BALDOMERO.

El caso es que me suena ese Quentin Hutford.

HUTFORD.

No le suena, no me toque las pelotas. Pero eso no importa. Baldomero, ¿y si le digo que la rompa?

BALDOMERO.

¿Romperla?

HUTFORD.

Destrozarla. Hacerla añicos.

BALDOMERO.

¿Es una broma?

HUTFORD.

(Saca un martillo). No lo es.

BALDOMERO.

Es una broma.

HUTFORD.

No. No lo es. *(Le da el martillo).*

BALDOMERO.

Me está usted diciendo que esa figura vale diez millones de euros, que en pocos años puede valer cincuenta y me está proponiendo que la destrozce.

HUTFORD.

Esta figura no vale diez millones de euros. Diez millones es lo que cuesta. En unos años costará más.

BALDOMERO.

Sí, sí. Lo que quiera. Cuesta diez millones de euros y me dice que la destruya. ¿En serio?

HUTFORD.

Yo siempre hablo en serio.

BALDOMERO.

Y si yo le doy con el martillo, usted no hará nada por impedirme romperla.

HUTFORD.

Así es.

BALDOMERO.

No le creo.

HUTFORD.

Pues es así.

BALDOMERO.

¿Le doy?

HUTFORD.

¿Será capaz?

BALDOMERO.

Le voy a dar, ¿eh? (*Baldomero duda si golpear la figura o no. El otro hombre se muestra tranquilo*). Mire que la rompo. La voy a romper.

HUTFORD.

¿Tiene lo que hay que tener? (*Baldomero levanta al martillo sobre su cabeza*).

BALDOMERO.

No, no lo tengo. (*El otro se acerca, coge el martillo*).

HUTFORD.

Sí, si lo tiene. Pero eso usted aún no lo sabe. (*Destroza la figura*).

BALDOMERO.

¡La madre que me pario seis veces! ¡Acaba de destrozar diez millones de euros! ¿Pero quién es usted? ¡Está loco!

HUTFORD.

La clave no es quién soy yo. La clave es quienes somos nosotros. He destrozado una réplica. (*Saca una figura idéntica del cajón*). El original es este. Este si cuesta diez millones de euros.

BALDOMERO.

Todo ha sido una broma. Ya sabía que no iba a destrozar diez millones de euros así sin más.

HUTFORD.

Así sin más no. Pero si usted quisiera, los destrozaría.

BALDOMERO.

¿Si yo quisiera?

HUTFORD.

Eso es.

BALDOMERO.

Si yo, Baldomero Soto Blasco, le pidiera a usted...

HUTFORD.

Lámeme Hutford.

BALDOMERO.

¿Cómo el escultor?

HUTFORD.

Sí.

BALDOMERO.

¿Se llama Hutford?

HUTFORD.

No.

BALDOMERO.

Muy bien, Hutford. Si Baldomero Soto Blasco, dijera a Hutford que destruyera esta figura de diez millones de euros... ¿Lo haría?

HUTFORD.

Si usted así lo desea, sí. Firme aquí y lo haré.

BALDOMERO.

¡Un momento! ¿Que firme dónde y que firme qué?

HUTFORD.

Esto, aquí.

BALDOMERO.

No, no era eso lo que me había dicho. Había dicho que si yo le ordenaba...

HUTFORD.

Jamás. Yo dije que si usted lo quería, lo haría. Si usted lo quiere, firme aquí.

BALDOMERO.

¿Y qué estaría firmando?

HUTFORD.

Ahí quería llegar. Hay muy pocas personas en el mundo a las que se les presente una oportunidad como esta en la vida. Y usted aquí la tiene. Firme y será libre.

BALDOMERO.

Ya soy libre.

HUTFORD.

¿Libre de pagar hipoteca? ¿Libre de trabajar en lo que le gusta? ¿En serio cree que usted es libre?

BALDOMERO.

Bueno, yo...

HUTFORD.

Si es usted libre, le propongo que vaya a comer hoy mismo en Paris, en el Restorant Marceau. Es tan exclusivo que poca gente sabe que existe. Y coma acompañado. ¿Qué chica le gusta? Alguna actriz o cantante.

BALDOMERO.

A mí es que la que me gusta de verdad es Eva Arguiñano. Es verla cocinar y...

HUTFORD.

Bien, pues si es usted libre invítela a comer hoy mismo a ese restaurante. ¿Puede?

BALDOMERO.

Obviamente no puedo.

HUTFORD.

Entonces qué cojones va a ser usted libre. Es usted esclavo de su mediocridad. Pero firmando este contrato... Porque le estoy ofreciendo un contrato... No tendrá que preocuparse por nada el resto de su vida.

BALDOMERO.

Parece que firmaría un pacto con el diablo. ¿Es usted el diablo?

HUTFORD.

No importa quién soy yo, sino quienes somos nosotros.

BALDOMERO.

Si, cierto. Ya me lo había dicho antes. Ustedes.

HUTFORD.

Y no. No soy ni somos el diablo. Desgraciadamente para usted, somos humanos.

BALDOMERO.

Luego tienen límites.

HUTFORD.

En efecto. Yo muchos límites. Nosotros alguno menos. Pero pónganos a prueba. ¿Qué desea?

BALDOMERO.

¿Desea yo? No sé.

HUTFORD.

¿Ve? Su propia mediocridad le impide desear.

BALDOMERO.

No es que no desee cosas... ¡O sea sí! Lo típico, digo yo. Tener un buen trabajo. Una casa. Bueno, un piso me vale. Mujer, hijos... Lo que desea todo el mundo. ¿No?

HUTFORD.

Sea ambicioso. Y no tenga miedo de sí mismo. Piense en todo aquello que ve a su alrededor y cree inalcanzable. Déjese. Desea.

BALDOMERO.

¿Sabe? Hay una cosa... Me da hasta vergüenza. ¡Je, je! Viajar al espacio. Ya ve qué tontería. Pero para mí eso sería. Poder ver la Tierra desde ahí arriba. Flotando. Ni siquiera sueño con pisar la Luna. Eso me daría un poco igual. Pero ser un astronauta, en una nave espacial. Sería bonito.

HUTFORD.

¿Solo eso?

BALDOMERO.

Hombre, señor Hutford. Solo eso, viajar al espacio.

HUTFORD.

Pensaba que realmente iba a poner a prueba nuestra capacidad. Pero si solo es eso. Firme aquí y en menos de veinticuatro horas estará usted con los marcianitos.

BALDOMERO.

¡Je, je! Los marcianos no existen.

HUTFORD.

(Ríe levemente). Es usted gracioso, Baldomero. Esa candidez del ignorante. No es fácil hacerme reír. Es usted gracioso.

BALDOMERO.

¿Sería usted capaz de meterme en una nave espacial en menos de veinticuatro horas?

HUTFORD.

Yo no. Nosotros sí.

BALDOMERO.

¡Ya! Ustedes. Los famosos ustedes. Un poco flipados ustedes, ¿no?

HUTFORD.

Entiendo su escepticismo, Baldomero. Lo entiendo. No será ni el primero ni el último.

BALDOMERO.

Bueno, vale. Acepto que son ustedes la repera. Que todo lo pueden, que todo lo saben y que todo lo hacen. Muy bien. Pues resulta que lo que deseo es ser presidente del gobierno. ¿Pueden hacerlo? No, espere. Quiero ser rey. O mejor aún emperador. Quiero ser emperador del mundo. El mandamás. De hecho, quiero mandar más que ustedes, sean quienes sean ustedes.

HUTFORD.

Le dije que teníamos nuestros límites. Nadie manda más que nosotros.

BALDOMERO.

¿Qué son del Gobierno?

HUTFORD.

(Vuelve a reír). Usted es gracioso, francamente gracioso. El gobierno tiene fecha de caducidad. Cuatro años, tal vez más. Tal vez menos. Según nos interese.

BALDOMERO.

¡Ahhh! Son de la banca.

HUTFORD.

(Vuelve a reír). Me mata. Usted me mata con su candidez. Los banqueros al fin y al cabo están en manos de sus accionistas y de mercados que ni ellos mismos controlan. No son más que marionetas.

BALDOMERO.

¿Son de la CIA o el KGB o alguna cosa de esas?

HUTFORD.

Esas organizaciones al final dependen de un gobierno. Nosotros no dependemos de nada ni nadie.

BALDOMERO.

¿Entonces quienes son ustedes?

HUTFORD.

Somos los que cortamos el bacalao. Digámoslo así. Pero lo que realmente importa. ¿Quién es usted?

BALDOMERO.

BaldomeroSoto Blasco.

HUTFORD.

¿Pero es usted un Licenciado en Económicas de 33 años con un brillante expediente y una gran trayectoria profesional, al que hace seis meses dejó su novia de toda la vida porque cuando estaban a punto de firmar los papeles de la hipoteca ella se dio cuenta de que en realidad estaba enamorada de su profesor de spinning con el que ahora vive, que para superar esa pérdida decidió meterse en el piso él solo y así dejar de vivir con su madre la cual desde entonces no hace sino llorar su ausencia, que hace cuatro meses fue despedido por una reestructuración de plantilla, que no le fue encontrar trabajo tan fácil como él pensó a pesar de su deslumbrante curriculum y su más brillante capacidad, pero que a pesar de ello no se amedrentó para crear su propia asesoría hace dos meses, justo en el peor momento de la crisis para crear asesorías, dilapidando los pocos ahorros que le quedaban, y que justo hoy agota el subsidio de desempleo? ¿O es usted alguien que no teme realizar realidad todos sus sueños?

BALDOMERO.

¿Cómo sabe todo eso de mí?

HUTFORD.

Nosotros sabemos todo lo que necesitamos saber. Con el café me la he jugado, pero ya ve.

BALDOMERO.

Vale. Bien, vale. De acuerdo. Entro al juego. Acepto que ustedes que lo saben todo, son capaces de todo. Bien, vale. Lo acepto. Pero no soy tonto.

HUTFORD.

Si, lo es. Su novia llevaba más de un año liándose con el profe de spinning. De hecho spinning solo hizo el primer mes. Después quemaban calorías de otra manera. Fuera de clase.

BALDOMERO.

Quiero decir, que nadie da nada a cambio de nada.

HUTFORD.

Su novia al de spinning se lo daba todo. Y él... Bueno, él también le daba lo suyo. Es verdad.

BALDOMERO.

Dejemos a Carlota fuera de esto. Centrémonos en ustedes y yo. Ustedes me ofrecen todo, ¿a cambio de qué?

HUTFORD.

Este es el punto al que queríamos llegar. Sepa que si lo desea podemos hasta ofrecerle las pelotas del profe de spinning en un taper. Por desagradable que suene, sería para usted un consuelo.

BALDOMERO.

¿Podrían?

HUTFORD.

Firme.

BALDOMERO.

¡Qué prisas tiene usted de que firme!

HUTFORD.

¿Prisas? Ninguna. Porque sé que usted, cuando abandone esta oficina, habrá firmado.

BALDOMERO.

¡Pero es que aún no sé qué quiere que firme!

HUTFORD.

¡Qué prisas tiene usted en saber que firma! Firme y luego se lo explico.

BALDOMERO.

Explíquemelo y luego firmo.

HUTFORD.

Eso también tiene sentido. ¿Sabe usted quienes son Eulogio Muñoz Carreira, Albert Eguíllor, o Ramón de Miguel?

BALDOMERO.

Me suenan, pero ahora no caigo.

HUTFORD.

Son algunos de los muchos que han firmado antes que usted. Eulogio ahora vive en la isla de San Miguel Bailón, en el Caribe. Allí regenta un hotel a pie de playa. Mejor dicho, se

toca las pelotas con las dos manos, porque ese hotel nunca tiene clientes, ni los necesita. Albert vive a caballo entre Suiza, Kenia y Londres. En invierno se va a Suiza, en primavera a Kenia, y en verano Londres.

BALDOMERO.

¿Y en otoño?

HUTFORD.

El otoño lo pasa en Monte Alegre del Castillo, en Albacete. No tiene mucho glamour, por eso me lo había saltado, pero de allí era su abuela materna y le gusta pasar allá el otoño.

BALDOMERO.

¿Y el otro?

HUTFORD.

¿Ramón? Ramón... No tuvo lo que había que tener y hubo que eliminarlo.

BALDOMERO.

Quiere decir que al otro...

HUTFORD.

Sí a Ramón nos lo cargamos. Fue triste, trágico, le dolió, pero... Pero a lo que íbamos. Estos y muchos otros han trabajado para nosotros. Hace ya años. Y aunque ahora solo le suenan, en su día fueron noticia de primera plana. ¿Le suena el Caso Pepinillos Fritos? ¿O la Operación Lelerele?

BALDOMERO.

Claro, a quien no le suenan. Y ahora que lo dice sí que recuerdo al Eulogio Muñoz Carreira. Era presidente de una empresa... Algo sobre los pepinillos precocinados y congelados. O algo así.

HUTFORD.

El señor Muñoz Carreira fue condenado a cinco años de prisión por usar aceite reciclado de motor para freír pepinillos en su empresa de catering.

BALDOMERO.

¡Qué sinvergüenza!

HUTFORD.

Una bellísima persona.

BALDOMERO.

Discúlpeme, pero ese era un auténtico hijo puta. Yo compraba esos pepinillos.

HUTFORD.

Esos pepinillos jamás fueron fritos con aceite de motor. Fue una cortina de humo para tapar otras cosillas. Y el bueno de Eulogio se comió el marrón. Tan sencillo como eso.

BALDOMERO.

¿Para tapar que otras cosillas?

HUTFORD.

Si le dijera que cosillas tendríamos que acabar con usted. Entienda que hay información que no todo el mundo puede conocer. Albert Eguíllor fue tesorero de la Coalición Democrática por el Pueblo y para el Pueblo. Solo concurren a unas elecciones. Un partido pequeño pero que consiguió dos escaños claves. Hasta que ya no nos hicieron falta esos votos.

BALDOMERO.

Sí, ahora que lo comenta también me suena.

HUTFORD.

Pues bien. Usted es el siguiente. Le voy a contar su vida los próximos siete años. ¡Va a vivir de puta madre! ¡De putísima madre diría yo! En cuanto firme este contrato, Baldomero, usted se convierte en gerente general de C.S.F.

BALDOMERO.

¿C.S.F? ¿Qué significa?

HUTFORD.

Aún lo estamos decidiendo. Eso es lo de menos. El caso es que como gerente tendrá despacho de 80 metros cuadrados, coche de empresa, secretaria, luego le pasaré un catálogo para que elija, sastre personal y una cuenta de gastos ilimitada. Será socio de los clubs de golf más exclusivos del continente, hablamos de Europa, y podrá usar una villa en la Toscana italiana, y el chalet de la empresa en los Alpes suizos. ¿Le interesa?

BALDOMERO.

No se esquiara, pero podría aprender.

HUTFORD.

Muy bien. Deme un segundo. *(Coge el teléfono)*. Comprar un chalet en Suiza. De hecho comprar dos. Uno clásico y otro más conceptual. *(Cuelga)*. Luego usted elegirá. El cargo de gerente lo disfrutará durante dos años. Luego la cosa mejora. Pasará a director general, vicepresidente, vicepresidente primero y por fin... Presidente. Meteórica carrera empresarial en menos de un año. Será usted portada de revistas empresariales, prensa, televisión... Va a ser usted más famoso que Espinete en su día. Durante otro año la gente creerá que es usted el mandamás del mundo. Y entonces... Caerá.

BALDOMERO.

¿Caer? ¿Por qué?

HUTFORD.

¡Qué curioso! En ningún momento ha preguntado usted por qué subía.

BALDOMERO.

Hombre...

HUTFORD.

Pero entiendo su pregunta. Y la contestaré. Usted caerá por el mismo motivo que en su día subió. Porque a nosotros así nos interesa. Dentro de cuatro años nos interesa que haya algo que ocupe las portadas de todos los medios de comunicación. Si la gente habla de algo, hay otras cosas que pasan desapercibidas. Será usted acusado de malversación de fondos, cohecho, asociación ilícita, evasión de impuestos... Saldrán todo tipo de trapos sucios, incluidos personales... Va a ser usted la persona más odiada del país. La abuchearán, le insultarán... Su familia, sus amigos se avergonzarán de haberle conocido... Será usted repudiado por todos.

BALDOMERO.

No suena muy atractivo.

HUTFORD.

Y será condenado a veinte años de prisión.

BALDOMERO.

¡Eso no suena nada atractivo!

HUTFORD.

De los que no cumplirá más de tres. Nuestros abogados se encargarán. Y tras esos tres años en una prisión de mínima seguridad, en la que contará con celda individual con tele y acceso a internet, si lo desea jacuzzi personal y visitas bis a bis a punta pala, usted saldrá de la cárcel con destino al lugar del mundo que desee, y esta figura que hoy cuesta diez millones de euros, le estará esperando cuando cueste ya por lo menos cincuenta. Será usted un cuarentón jodidamente rico.

BALDOMERO.

A ver si lo he entendido bien. Me está diciendo que si estoy dispuesto a pasar tres años en la cárcel, ¿después seré inmensamente rico?

HUTFORD.

Así es. Solo tendrá que ser capaz de aguantar durante unos pocos meses, los que dure la investigación y el posterior juicio, el acoso de los medios, de la sociedad, de todo el mundo. Voy a serle sincero, será duro. Pero menos que su novia se tire al de spinning. Y con mejor recompensa.

BALDOMERO.

No está hablando en serio. Esto es una especie de broma, o algo así.

HUTFORD.

Jamás bromeo.

BALDOMERO.

¿Entonces que tendría que hacer yo exactamente?

HUTFORD.

Nada. Nosotros nos ocupamos de todo. Usted simplemente disfrute de estos años, después aguante tres o cuatro encerrado. Y entonces sabrá lo que es ser libre de verdad. Libre para hacer de su vida lo que desee.

BALDOMERO.

¿Pero qué se supone que habré hecho?

HUTFORD.

Ya le he dicho. Malversación de fondos, cohecho, asociación ilícita, evasión de impuestos... Eso de momento, probablemente nos convenga alguna más. Se me ocurre igual también... Algún tipo de acoso sexual. Estaría divertido, ¿no cree?

BALDOMERO.

¿Y tendría que hacer todo eso?

HUTFORD.

No me está poniendo atención. Nosotros nos ocuparíamos de todo ello. Bueno, del acoso sexual si quiere usted mismo. Y si quiere también se puede ocupar usted del asesinato de cierto profesor de spinig. De todo lo demás nos nosotros. Usted solo tendrá que aguantar el chaparrón cuando todo salga a la luz. Y si lo aguanta, tendrá la vida solucionada para siempre.

BALDOMERO.

Pero esto no es ético.

HUTFORD.

No lo es.

BALDOMERO.

Es una inmoralidad.

HUTFORD.

Bueno, la moral cambia con los tiempos. Hace siglos la esclavitud estaba permitida. En Grecia, la cuna de la democracia, era la base de su sociedad. En Roma, eran torturados en el circo. Ahora es inmoral.

BALDOMERO.

¿Sabe? Aún no sé si esto es una broma, o es verdad.

HUTFORD.

Le entiendo.

BALDOMERO.

Pero es que aún no sé si prefiero que sea una broma o que sea realidad.

HUTFORD.

¿Qué podría hacer para convencerle de que esto es real, y que es lo que más le interesa en este momento?

BALDOMERO.

Dígame usted que es capaz de que esta noche yo me encuentre en una isla paradisíaca, cenando con una top model internacional y empezaré a creer que esto no es una tomadura de pelo.

HUTFORD.

(Hutford coge el teléfono y le da un móvil a Baldomero). Marque. 555 76 54 23. Se llama Ekaterina. *(Se pone a hablar por el otro teléfono).* Buenos días, Patrick. Quiero el jet preparado para dentro de una hora. Combustible para ir a Isla Solitaria. Sí. *(Cuelga).* Baldomero, marque ya e invite a Ekaterina cenar esta noche.

BALDOMERO.

¿Marco?

HUTFORD.

Sí, cuando la invitación es personal, siempre es más elegante. *(Vuelve a llamar).* Cosme, pasaremos dentro de media hora por su sastrería. Tal vez antes.

BALDOMERO.

Estoy llamando.

HUTFORD.

(Marcando de nuevo). Muy bien, Baldomero.

BALDOMERO.

¿Qué le digo?

HUTFORD.

Invítela a cenar.

BALDOMERO.

Pero no me conoce.

HUTFORD.

Si tiene usted ese número, no hace falta que la conozca. (*Hablando por teléfono*). Hola, Jaime. Recoge a Ekaterina. Ella aún no sabe nada, pero llévala al aeródromo en una hora. (*Cuelga*).

BALDOMERO.

Sí, hola. ¿Es usted la señora Ekaterina? ¡Qué bien! ¿Le gustaría cenar esta noche conmigo? ¿Sí? O sea quiero decir... ¡Sí! Muy bien.

HUTFORD.

Dígale que pasarán a recogerla.

BALDOMERO.

Pasarán a recogerla.

HUTFORD.

Y que no faltarán langostas.

BALDOMERO.

Y no faltarán langostas.

HUTFORD.

A Ekaterina le encantan.

BALDOMERO.

Sí, me lo está diciendo ahora.

HUTFORD.

Cuelgue.

BALDOMERO.

Bueno, Ekaterina. Luego nos vemos. (*Cuelga*). Ni siquiera ha preguntado cómo me llamo.

HUTFORD.

Si tiene ese número no le hace falta saber su nombre. Ekaterina Muskinova. En el móvil puede ver su foto. En la realidad es mucho más guapa. Si no está ya convencido de firmar, está misma noche lo estará. Yo no tengo prisa. Pero prefiero atar este asunto desde ya mismo.

BALDOMERO.

(*Mirando el móvil*). La chica es bellísima.

HUTFORD.

Y la isla ni le cuento. Lo mismo que el jet privado. Y todo lo demás.

BALDOMERO.

Me cambia la vida de la noche a la mañana.

HUTFORD.

Le cambia de la mañana a la misma mañana. ¿Firma?

BALDOMERO.

Bien. Vale. Acepto. Pero no quiero que esta pieza tan excepcional me espere a que salga de la cárcel. La quiero ahora. Lo siento pero no sé nada de vosotros. Y no sé si dentro de siete años, cuando ya no os interese tanto, porque ya habré cumplido con mi parte, está figura seguirá esperándome.

HUTFORD.

Cójala. Firme y es toda suya.

BALDOMERO.

¿Seguro?

HUTFORD.

Seguro.

BALDOMERO.

¿Y si me da por huir con ella? Ese contrato es tan irregular que firmarlo no me compromete.

HUTFORD.

Tiene usted razón. Y Ramón de Miguel así lo pensó. Debí pensarlo dos veces. Le leo la última cláusula: “Como en un momento dado, el abajo firmante se eche para atrás, o no cumpla con lo firmado, la parte contratante se compromete a acabar con él de la manera más dolorosa posible y sin inmutarse lo más mínimo”. Pero no creo que nos vaya a hacer falta resolver esta cláusula. Firme y tómese la semana libre. De vacaciones. El próximo lunes será usted presentado como nuevo gerente de C.S.F. pero no se olvide de Ekaterina. Esta noche podrá hacerle todo lo que el profesor de spinning le hizo a su Carlota.

BALDOMERO.

De acuerdo. Firmaré.

HUTFORD.

Sabía que lo haría. (*Baldomero coge el contrato y firma. Hutford, complacido, sonrío.*)

BALDOMERO.

Pero no se olvide de la figura de Quentin Hutford.

HUTFORD.

No se la olvide usted. Toda suya.

BALDOMERO.

(Coge la figura). Diez millones de euros. Nunca había tenido tanto dinero en mis manos.

HUTFORD.

Espere siete años y serán más de cincuenta.

BALDOMERO.

No soy tan ambicioso. *(Baldomero le da un ostión del copón con la figura Hutford. Y lo mata a base de arte).* Y no me gusta el café, gilipollas. *(Coge el contrato y comprueba de nuevo que Hutford está muerto. Se queda un poco pensativo, mira la figura, la gira).* Made in China. ¡La madre que los parió!

OSCURO